

Testigos de la radicalidad evangélica



Don Pascual Chávez

El Capítulo General 27 comenzó oficialmente con el discurso de apertura del Rector Mayor. Recogemos en esta sección la parte del texto que el Rector Mayor dedica a explicar el sentido del tema capitular.

El tema escogido para el CG27 se refiere al testimonio de la *radicalidad evangélica*, que encuentra en el lema “*trabajo y templanza*” una explicación del programa de vida de **Don Bosco** “Da mihi animas cetera tolle”. Intenta ayudarnos a ahondar en nuestra identidad carismática, haciéndonos conscientes de nuestra vocación a vivir en fidelidad el proyecto apostólico de Don Bosco.

El argumento es amplio. Por eso hemos querido fijar la atención del CG27 en *cuatro áreas temáticas*: vivir en la gracia de unidad y en la alegría de nuestra *vocación* consagrada salesiana, que es don de Dios y proyecto personal de vida; hacer una fuerte *experiencia espiritual*, asumiendo el modo de ser y de actuar de Jesús obediente, pobre y casto y haciéndonos buscadores de Dios; construir la *fraternidad* en nuestras comunidades de vida y de acción; dedicarse generosamente a la *misión*, caminando con los jóvenes para dar esperanza al mundo.

Ser “*testigos de la radicalidad evangélica*” es una llamada dirigida a toda la Congregación, que encuentra su traducción salesiana en el binomio “*trabajo y templanza*”. En el conocido sueño de los ‘diez diamantes’, en la primera parte, se nos presenta al salesiano ‘sicut esse de-

bet”, caracterizado por una fuerte fisonomía teológica -fe, esperanza y caridad- tonificada por el trabajo y por la templanza y caracterizada por una vida consagrada al Señor que encuentra apoyo en el ayuno y en la oración.

En la segunda parte del sueño se presenta como una advertencia de lo que podría suceder, cuando nuestra vida personal, comunitaria e institucional no estuviese a la altura de la vocación recibida. La imagen del personaje, ajada y fea, no podría ser más elocuente. ¡He ahí por qué hemos ido a I Becchi y a Valdocco!: no por ganas de nostalgia, sino para avivar la llama del entusiasmo y el compromiso de fidelidad de los primeros Salesianos.

El tema de la radicalidad evangélica puede ilustrarse bien tomando en consideración una perspectiva semántica y etimológica. En efecto, la palabra radicalidad tiene que ver con raíz, con radicación. Para comprender mejor las cosas nos podemos servir de la imagen de la planta y de la semilla. Veamos cuáles son las características y el valor de las raíces:

- La *estabilidad y solidez* de la planta nos dice que un árbol sin raíces se seca o se cae. En este sentido, la imagen es análoga -no igual- que la de una construcción sin cimientos.



ANS



- La *vitalidad*, ya que las sustancias que nutren a una planta vienen sobre todo de las raíces, aunque evidentemente no sólo, porque están también el aire, el sol, etc.
- El carácter de “*enterramiento*”, es decir, su lugar natural es bajo tierra, están “escondidas”.

En este sentido, el título de nuestro tema, “testigos de la radicalidad evangélica”, expresa en sí mismo una interesante paradoja. Por una parte, en efecto, la palabra *testigos* nos habla de manifestación pública y, por tanto, de visibilidad, de “sacramentalidad”, mientras que, paradójicamente, el término “radicalidad” alude precisamente a *lo que no se ve*, a lo que está *escondido*, “*sepultado*”.

Creo que con frecuencia, cuando se habla de radicalidad, se entiende partir ya del concepto *semántico* de la palabra, subrayando el significado de incondicionalidad, de absoluta fidelidad, de opción sin condiciones de la voluntad, ser “de una sola pieza”, etc., olvidando el significado etimológico más preciso.

A veces aparece también la tendencia a identificar la radicalidad con la perfección o la búsqueda de ella, pero no es así: de una pequeña planta y, con más razón, de una semilla apenas plantada en la tierra no se esperan frutos, sino que echen *raíces, buenas y profundas*. Al que quiere entrar en la vida salesiana, o en la vida religiosa, en general, no se le puede pedir que sea “santo” (por desgracia, a veces, tampoco después de muchos años de vida consagrada): sino que sea *radical* en sus opciones de vida.

Creo que esto tiene sus implicaciones para la *formación*, en primer lugar para la etapa de la formación *inicial*, en la que yo acentuaría dos aspectos en esta línea

semántica del concepto de radicalidad. El primero es el de la *profundidad* (típica de la raíz) de vida, invitando a los Hermanos jóvenes a remar contra corriente, insertos como están en una cultura que acentúa más la extensión superficial que la capacidad de captar en lo profundo lo que es verdadero, justo, valioso y noble para la vida de un hombre y mucho más para un religioso. El segundo aspecto se relaciona con una virtud muy olvidada en nuestro tiempo, tal vez porque con frecuencia se ha entendido mal: *la humildad*. Sabemos que la raíz de esta palabra viene de *humus*... *Humus* y *raíz* son inseparables. La humildad no es más que la “vida escondida en Cristo”, de la que puede brotar, y sólo de ella, la fecundidad (¡los frutos!) espiritual, apostólica y vocacional.

Radicalidad para todos nosotros es, pues, un retorno fecundo a Cristo, al Evangelio, a la fidelidad del seguimiento y es también un retorno a lo específico de nuestro carisma. Ir a las raíces del nacimiento de la Congregación significa dar gracias a Dios por Don Bosco, por su maduración espiritual y su avance apostólico; interrogarnos sobre la llamada que Dios nos hace en el momento actual y responder en este momento histórico, con fidelidad y generosidad, a las necesidades de los jóvenes y a las demandas de la sociedad y de la Iglesia.

